Recuerdos de mi padre

Autor: Manolo Campa

Me es grato recordar a mi padre. Con cariño y agradecimiento escribo sobre él. Fue mi primer campeón, mi ídolo… mi admirado maestro. Fue un padre ejemplar. Me ilusiona el vivir como él vivió para al morir dejar, como él dejó, un legado de recuerdos edificantes.

Cuando papá pasaba de los ochenta años se alegraba al verme… y me alegraba yo cuando lo veía sonreír agradeciéndome la visita. Si olvidaba que ya hacía rato que estaba con él, de nuevo me daba las gracias por estar allí. Era espléndido dando motivos para hacer a uno feliz. No escatimaba en agradecerme lo que para mí era un grato deber… más grato aún cuando su sonrisa siempre fue la recompensa que más yo apreciaba cuando hacía algo bien hecho.

Mi padre siempre habló mucho. Era locuaz, afable, campechano. Hablaba con acento español, con naturalidad, sin alardes de erudición… con el corazón, sin ofender, sin engañar. Hablando se daba a conocer y los que le conocían en él confiaban.

Fue bodeguero en varios barrios de gente sencilla en la ciudad de la Habana. Aquel asturiano, sereno y prudente, compartía las penas y las alegrías de su clientela. Era un archivo viviente de sucesos humanos. Mi padre disfrutaba a plenitud el arte de conversar. No exagero si digo que detrás del mostrador de su bodega oía más relatos y confesiones que un cura en su confesionario durante la Semana Santa.

En su senectud, papá siempre contaba las mismas historias… cuentos viejos que toda la familia, de oírlos muchas veces, los sabían de memoria. Pero él los decía con la alegría y el entusiasmo del que estaba contando algo acabado de suceder.

Su alegría al hablarnos de su bodega de barrio pobre era nueva, de ese momento… no importaba que los personajes de sus relatos ya no existieran y que el escenario estuviese, separado por el mar, a ciento noventa millas de distancia… sus palabras nos hacían vivir, en aquel momento, la alegría de su ayer. Siempre que escuchaba sus vivencias ya viejas le iba conociendo más y le quería más.

Cuando era palpable el ocaso de su vida, sus hijos y sus nietos sosteníamos con cariño la mano vieja que cuando joven nos enseñó a

caminar. El presentía su partida… y no podía ocultar su tristeza por no haber logrado regresar a Cuba, la tierra que le vio llegar como un niño inmigrante, y que se adueñó de su corazón para siempre, al extremo de anhelar volver para morir y ser enterrado allí.

Al dar gracias a Dios por el padre que me dio, le pido que me permita ser para mis hijos y mis nietos como él fue para mí… y que mi ejemplo logre en ellos lo que el suyo logró en mí.

CAMBIANDO DE TEMA:

Nunca ha sido fácil tratar de transformar a un niño en un hombre. Es gestión ardua, difícil. Es obra que requiere amor y tenacidad.

Con pesar he escuchado decir: "Yo le doy a mi hijo todo lo que se le antoje para que no tenga que sufrir las 'privaciones' que yo sufrí".
A esos forjadores de alfeñiques y desajustados sociales dedico, con la mejor intención, las ideas que siguen:

El evitar que tu hijo sufra las "privaciones" que hicieron de ti un hombre, es tu peor error. Quizás tuviste que esforzarte duro para poder llegar… pero llegaste. Privarle de su esfuerzo no es el mejor medio para que logre su formación y desarrollo.

Prívale de tener que esforzarse… de tener que trabajar a temprana edad… de tener que aceptar responsabilidades. Facilítale una existencia suave. Dale el privilegio de una buena educación sin que tenga que luchar por ella o hasta que ignore el esfuerzo que haces para ello. Estas son ventajas que tú no tuviste.

Sin embargo, hay algunas cosas que olvidas: Sin esfuerzo no puede haber desarrollo. Los mejores forjadores de carácter que se conocen son: el trabajo y las responsabilidades. El tener que luchar y sacrificarse por una educación ha ayudado a numerosos hombres a desarrollar la persistencia y la capacidad para trabajar que hicieron posible sus éxitos.

Ayuda a tus hijos, sí… ayúdalos a ser hombres de voluntad férrea, enérgicos, constantes… capaces de fijar un rumbo en sus vidas y alcanzarlo.

Te remito a esta frase lapidaria: "El temple del acero está en la forja… el del hombre, en las dificultades".